

El truco pictórico, como la condensación de representación que hay en las luces empastadas de un cuadro barroco, funciona porque hace referencia a un truco de orden superior que no es otro que la percepción visual misma. Al centrar la atención sobre el truco, al fijarnos detenidamente en él, en ese detalle, no podemos dejar de extrañarnos de su doble naturaleza. Sin embargo, en la coherencia del conjunto, el truco pasa desapercibido. La diferencia entre la concepción identitaria de la pintura y la que conduce a la extrañeza ante lo que hay, es cuestión de unos pasos: los que nos acercan a la tela, los que interrumpen la narración.

La ventaja que tiene el espectador de un cuadro con respecto al espectador de *todo lo que hay* es que el truco pictórico tiene focos que lo iluminan, flechas que lo señalan. Además es más fácil enfrentarse a lo convencional en un cuadro porque no estamos dentro de él; es una cosa extraña que está ahí fuera y que se deja ver. No podríamos decir lo mismo de *todo lo que hay* (evito decir *lo real* para no meterme en mucho lío) porque nos rodea y atraviesa y, por el mismo motivo, localizar el truco aquí en el mundo es más complicado. Sin embargo, para llevarlo a cabo, sólo hay que seguir el ejemplo de lo que podemos hacer con el cuadro: fijarse en el detalle.

Cualquier cosa es extraña en cuanto la miras fijamente, en cuanto la sacas de contexto. Cualquier objeto, incluso un jarrón del Rastro, puede hacer las veces de pincelada empastada de tono claro sobre fondo oscuro. Cualquier palabra que repitas en voz alta durante unos minutos pierde su poder referencial y se convierte en una cosa rara.

Pero ¿por qué necesitamos trucos? ¿no sería más sencillo relacionarnos directamente con lo que hay? Hay indicios como para pensar que *lo que hay* nos supera, y probablemente nos paralizaría, o aniquilaría incluso, si algo no mediara. Regocijarnos en el truco mantiene las puertas abiertas.

*Este texto, junto con Dos comienzos de la pintura, acompañaba como hoja de sala la exposición de pinturas de jarrones que tuvo lugar en el año 2019 en el Museo del reloj antiguo de la Joyería Grassy de Madrid.*